

agregó; luego se quitó aquel estorbo y lo colocó sobre sus rodillas para ver qué era...

—¡Oh! — exclamó admirada sin poder decir más.
¡Era una corona de oro!

CAPÍTULO IX LA REINA ALICIA

—¡Esto es maravilloso! — exclamó Alicia extasiada —. ¡Nunca imaginé que iba a ser tan pronto reina!... Y voy a decirte lo que corresponde a vuestra realeza — añadió con tono severo, pues tenía costumbre de reconvénirse a sí misma —. No está nada bien que sigas tendida sobre la hierba. ¡Las reinas deben proceder con dignidad!

Se puso de pie y caminó a la ventura, muy tiesa, muy erguida y temerosa de que la corona se le cayera de la cabeza, aunque tranquila porque nadie podía verla.

—¡Y si realmente soy una reina! — dijo sentándose de nuevo —. ¡Sabré cómo gobernarme!

Las cosas acontecían de tan fantástico modo que ni siquiera se extrañó de encontrarse con la reina blanca y con la reina roja, ambas sentadas, una a su derecha y otra a su izquierda. De buena gana les hubiese preguntado por qué estaban allí, pero le pareció poco correcto el hacerlo. —Sin embargo, no supondrá una ofensa — pensó — preguntarles si la partida ha terminado ya.

—Por favor, quisierais decirme... — empezó mirando tímidamente a la reina roja.

—¡Habla cuando se te hable! — le interrumpió aquélla con severidad.



Pensó que nunca había visto unos soldados con las piernas tan inseguras.